

A close-up, artistic photograph of a brown tabby cat's face. The cat's head is tilted, and its right eye is open, showing a greenish-yellow iris. A small, dark reflection is visible in the pupil. The fur is a mix of brown, tan, and black stripes. The background is dark and out of focus.

FRAGMENTOS

UNA REVISTA QUE PIENSA

ÍNDICE

EDITORIAL

EL ESPEJO TIENE DÍAS

- CHÍO ESPINOZA

UNA CLAVE QUE ES BELLEZA

- TITO MOSQUERA

LA BELLEZA DE DETENERNOS

- JOAN MANUEL GIRÓN

LA NOSTALGIA POR LA
BELLEZA, EN EL CINE DE
TARKOVSKI

- JUAN GONZALES

EL ARTISTA

- RAFAEL MORENO TAMARIZ

EL ANHELO

- MONCHO HERRERA

#007



LA BELLEZA COMO GRIETA, PAUSA Y ENCUENTRO

Mucho se ha escrito sobre la belleza, desde diferentes disciplinas y continentes. La belleza no es la misma experiencia para todos, pero sí es común a todos. Parece ser un hecho de la vida que cobra forma a través de la cultura. Es expresión de nuestra socialización que es dinámica, cambiante. Estas páginas de FRAGMENTOS recogen la pluralidad de formas y experiencias alrededor de este sustantivo que es el eje que sostiene esta edición de nuestra revista.

Habitamos una realidad hiperacelerada que comercializa las imágenes, como los sonidos, como un activo de consumo rápido. Intentar aprehender lo bello, parece, a simple vista, una ingenuidad, incluso un desatino. Sin embargo, la belleza no es una categoría proveniente de la lógica de la oferta y la demanda, ni un molde uniforme depositado en los escaparates o en alguna ficción de la mercadotecnia. La belleza aquí es una grieta en la prisa, un acontecimiento que suspende el tiempo "productivo" y que nos invita al ocio, así, por un momento nos devuelve a la condición más íntima de lo humano.

Cuando pensaba en la belleza como eje transversal de esta edición reflexionaba sobre la tensión entre los juicios absolutos sobre ella y la inevitable experiencia singular e individual del sujeto al habitarla en el cotidiano. Para el viejo Platón la belleza era algo así como un reflejo de lo Divino y lo Absoluto, una Idea inmutable situada más allá del mundo sensible que nos atrae hacia el Bien y la Verdad. Sin embargo, mucho tiempo después, para Nietzsche, ese mismo concepto se expresó como impulso dionisiaco y apolíneo, como una fuerza trágica que no busca consolar, sino afirmar la vida en toda su potencia y contradicción; sí, contradicción. Dos visiones diferentes de lo mismo. El puntual hombre de Königsberg, Kant, enseñó que la belleza no reside únicamente en las propiedades del objeto, como piensa mi hija hoy, sino en el desinterés, en el libre juego de nuestras facultades al contemplar aquello que nos complace sin obedecer a un concepto utilitario, como piensa mi hijo hoy -sí entre esa tensión conceptual habito en el cotidiano-.

Para esta edición volví a algunas lecturas de don Umberto Eco con quien aprendí sobre la variabilidad histórica, contextual de los cánones de belleza, a través de sus historias de la Belleza y la Fealdad, escritos muy oportunos y de una gran lucidez. En ambas obras pone de manifiesto cómo cada época construye sus propios ideales estéticos. Creo que es oportuno releerlo, como es oportuno, sobre este tema, volver a don Ernesto Sábato, ese filósofo latinoamericano que en el ocaso de su vida terminó entregándose al lienzo en blanco, dejando la física y la literatura de lado, y en esa vida suya, que podemos hallar en "Antes del Fin", el viejo creyó que la experiencia estética era el único puente capaz de rescatar al ser humano de la alineación, de su pérdida de sentido. Es pues la belleza una forma de enfrentar el abismo existencial del mundo de hoy.





Puedo decir hoy desde esta tribuna que la belleza es un territorio en constante exploración por el ser humano. El juicio estético es una experiencia culturalmente situada y socialmente encarnada, no es para mí un absoluto marcado por una verdad científica, es una construcción dinámica, diversa y profundamente subjetiva que se negocia en la cotidianidad, que nos es común a todos.

En este Número 007 de FRAGMENTOS, en nuestros escritores, en nuestros contadores de historias, la belleza da paso a la vereda, al cuerpo, al tiempo y a la memoria. Joan Manuel transita la memoria y nos lleva a una interrupción urbana donde recoge un fragmento de belleza en el barrio de Lince, en una voz que canta, y que expresa el valor político de la pausa, de la escucha sin reloj.

Por su parte, Chío explora la belleza desde la vivencia de la corporalidad y el paso del tiempo. Frente al espejo, rechaza las fórmulas tranquilizadoras del mindfulness (comparto) y los mandatos de la industria anti-aging para pensar el rostro de una mujer de 43 años. En las palabras de Chío la belleza deja de ser una cualidad estática o un atributo medible para convertirse en una mirada recíproca, en un encuentro donde la propia historia y los afectos resignifican la imagen que el reflejo nos devuelve.

En el territorio de la memoria colectiva aparece Tito, en su Estación Resonancia, remontándose a su barrio, Breña, para rendir tributo a la salsa no como género encasillado, sino como la banda sonora del afecto, el sound track de parte de su vida. La belleza de la clave, del ritmo de El Gran Combo, de la poética trágica de Lavoe o Maelo Rivera demuestra que la sonoridad popular es un refugio que sostiene momentos.

Desde la pantalla cinematográfica, Juan, en su Fotogramas, explora la nostalgia en la obra de Andréi Tarkovski. En su análisis del filme Nostalgia (1983) expone cómo el cineasta soviético resiste a una época que reduce la imagen al entretenimiento rápido. La belleza en Tarkovski exige recuperar el peso del tiempo y aprender a mirar con atención aquello que amenaza con extinguirse.

Presentamos también a Rafa, quien se animó a compartir con nosotros parte de esa belleza cotidiana a la que él está atento. Nuestras páginas están vez son acompañadas por sus registros personales.

Finalmente, en El anhelo, el escrito de nuestro querido Moncho, la belleza adopta la forma de una iniciación adolescente. Entre las representaciones canónicas del arte —de la Venus de Willendorf a Dalí—, el texto rescata el recuerdo de un amor casto e inconcluso en las quintas de Breña. El juego de las escondidas, el sonido de un bolero y la ausencia de la amada convierten a la belleza en una promesa, en un anhelo que sigue intacto al cabo de los años.

No hay un canon único en este número. En las páginas que siguen, la belleza se revela en su pluralidad: no como una norma abstracta, sino como la insistencia en detenernos, mirar y reconocernos.

Aquí tienen, para ustedes, este nuevo fragmento de realidad.

PÁVEL



El espejo tiene días

Por *Chio Espinoza*

Eres mujer, tienes 43 años y tus compañeros te piden escribir sobre la belleza. ¡Uy! Algo te hace cosquillas por dentro. Ese vacío que se siente como si no hubieras comido en muchos días, esa incomodidad que, de pronto, descubres que existe. Obviamente, la ignoras.

Entonces, me dispuse a escribir sobre lo bello, lo bueno y lo justo. En volver a Platón, Aristóteles o Kant. En preguntarme qué significan hoy sus ideas sobre la belleza, la estética. Pero el vacío se hacía cada vez más presente y su latido me empujaba a salir de ahí y hablar, más bien, de mi propio proceso con ella.

Pensé en las ciudades que me han conmovido por su belleza, en ciertas pinturas frente a las que podría quedarme largo rato admirando, o en una voz hermosa que me hace llorar. Y así llegué, sin querer, pero queriendo mucho, al paso de los años.

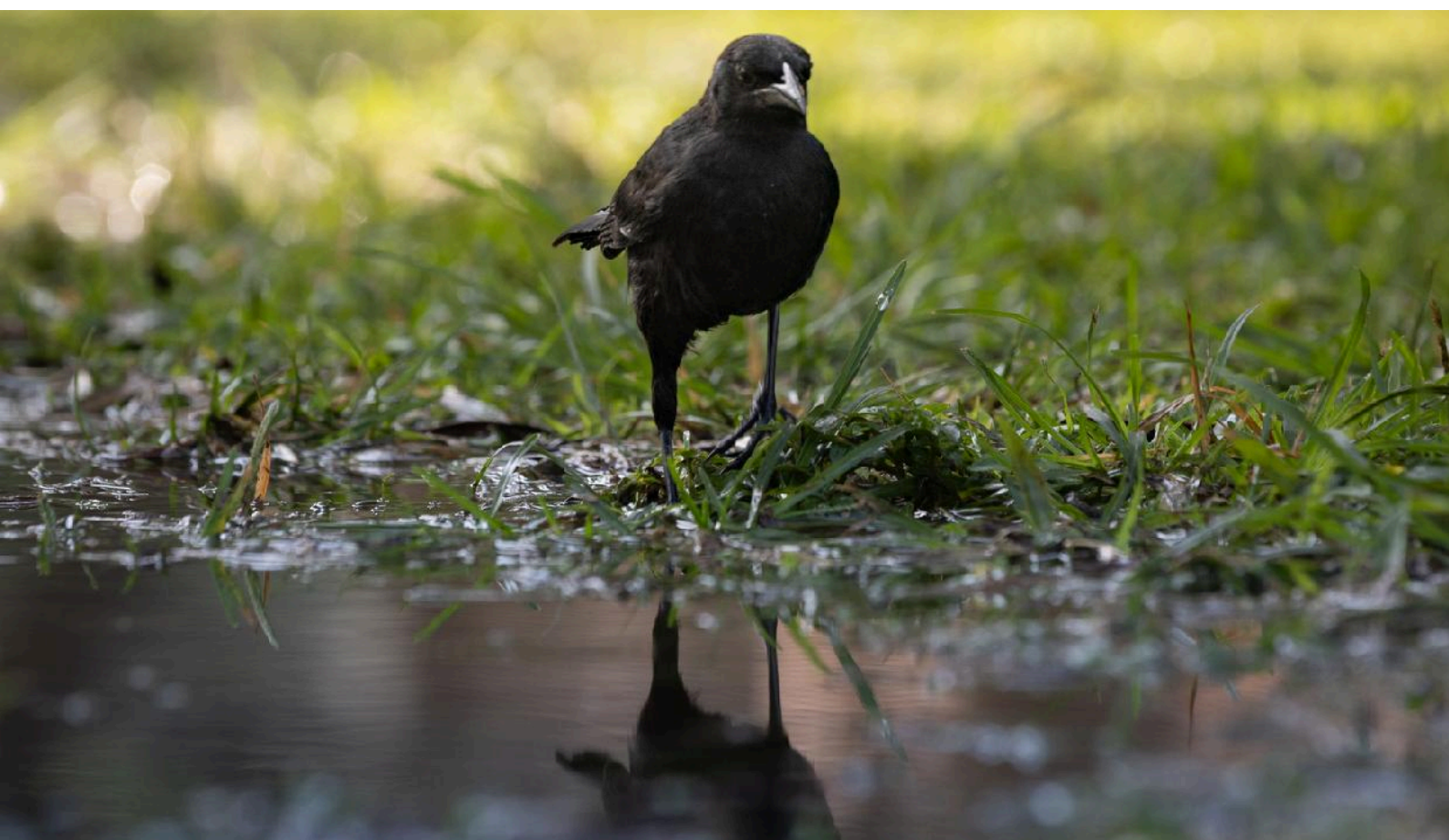


FRAGMENTOS

Quizá porque la belleza cambia de significado dependiendo del momento desde el que una la mira. Y porque hoy, cuando pienso en ella, inevitablemente también pienso en el espejo.

El espejo tiene días. Hay días en que me gusta la mujer que encuentro ahí. Me veo, me reconozco, me gusto. Otros descubro una línea que no recordaba, una piel que ya no se sostiene igual, algún cambio que me hace pensar en la mujer que dejo de ser.

Y aparece una contradicción que todavía no termino de resolver. Si reconozco belleza en mí, ¿por qué algunas veces me veo menos bella? ¿Por qué hay días en que me veo horrible? ¿Cómo pueden ser ciertas las dos cosas? Tal vez porque durante mucho tiempo entendimos la belleza como algo que se posee. Se tiene o no se tiene. Y, en el caso de las mujeres, además, tiene fecha de caducidad.



La belleza se mide, se compara y se pierde. Hay toda una industria construida alrededor de esa posibilidad. Hablamos de productos anti-aging, de combatir los signos de la edad, de corregir, tensar, rellenar, recuperar. Hasta el lenguaje parece decirnos que el tiempo está haciendo algo contra nosotras y que debemos combatirlo.

FRAGMENTOS

Y lo siento por mis amigos del mindfulness, pero no podría escribir desde ese lugar tranquilizador, lleno de meditación y positivismo en el que una anuncia que ha aprendido a amar cada arruga y asunto resuelto. ¡Wiflas! No sería cierto. No amo esos momentos cuando me veo en el espejo y no me encuentro.



FRAGMENTOS

Después de darle vueltas todo el fin de semana, aparece otra pregunta: ¿me estoy volviendo menos bella o estoy aprendiendo a reconocer una belleza distinta en la mujer en la que me estoy convirtiendo?

Porque mientras algunas cosas se van, otras han llegado. Conozco mejor mi rostro. Reconozco mis gestos. Sé de qué es capaz mi cuerpo. En él han ocurrido amores, pérdidas, maternidad, miedo, deseo, viajes, despedidas. No es el cuerpo que tuve. Es el cuerpo que me ha sostenido.

Y quizá el desafío no sea conservar intacta la belleza, sino ampliar nuestra idea de lo bello para que pueda acompañarnos. Porque si mi propio rostro puede parecerme distinto dependiendo del momento en que lo miro, entonces la belleza no puede estar solamente en aquello que es observado. Algo sucede definitivamente también en quien observa.

Lo entiendo mejor cuando miro a los demás. Hay personas que responden a todos los cánones de belleza y no despiertan nada en mí. Y otras que se han vuelto hermosas con el tiempo. Conocemos su manera de reírse, su manera de llorar. Cómo mueve las manos cuando algo le entusiasma. Sus inseguridades. Sus contradicciones. Y un día la miramos y es bella. ¿Qué cambió? Probablemente nada en su rostro. Cambió nuestra mirada.

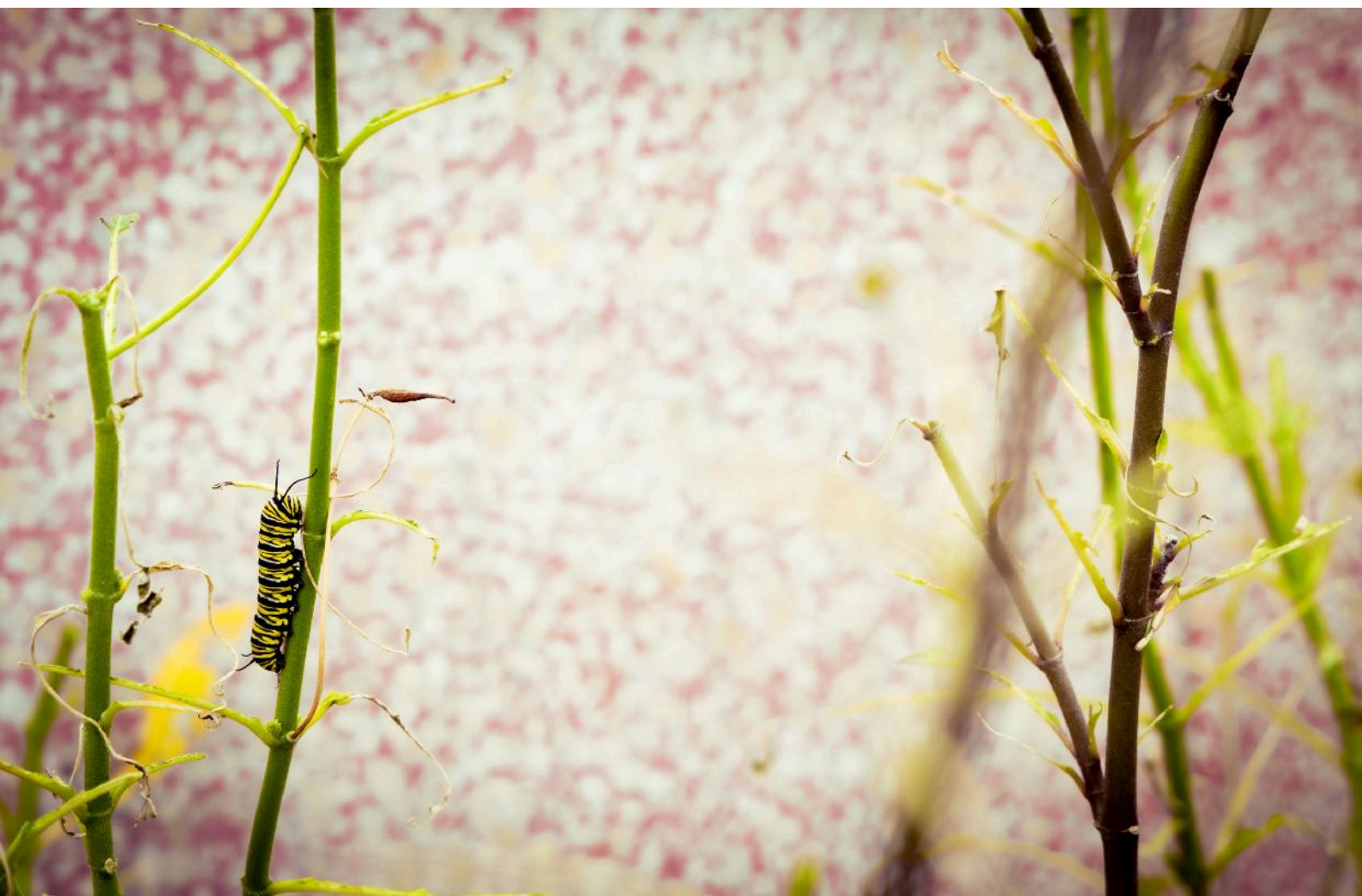


FRAGMENTOS

Entonces la belleza empieza a parecerme menos una cualidad y más un encuentro. Algo que sucede entre lo que tenemos delante y todo aquello que llevamos dentro cuando miramos: nuestra historia, nuestros afectos, nuestros deseos, nuestras heridas. Y desde ahí llego a una idea que me gusta todavía más: la reciprocidad de la belleza.

Tal vez una de las formas más profundas de belleza ocurra cuando dos miradas se encuentran. Cuando aquello que yo encuentro bello en ti encuentra también algo bello en mí. Existe algo extraordinario en ser visto por alguien a quien también vemos. Por eso la mirada de quien nos ama puede transformarnos. No nos hace bellos. No inventa nada que antes no existiera. A veces simplemente nos devuelve algo que habíamos dejado de mirar.

Y entonces vuelvo al espejo. Quizá mañana encuentre otra línea alrededor de los ojos y diga ¡Bah! ¡Ahí vamos otra vez! Quizá vuelva a extrañar algún fragmento de la mujer que fui. No quiero obligarme a considerar bello todo lo que vea. Tampoco quiero declarar la guerra al tiempo. Prefiero pensar que mi belleza no está terminada. Que cambia conmigo. Y que tal vez lo bello sea, finalmente, una coincidencia: encontrar una mirada en la que queremos quedarnos y descubrir que esa mirada también ha decidido quedarse con nosotros. Mi belleza coincide con la suya. No se comparan. No compiten. Se encuentran.



Una clave que es belleza

Por

Tito Mosquera

Nunca he sido salsero, sin embargo, desde muy niño he consumido salsa. En las calles de mi barrio, en Breña, la salsa era el *soundtrack* de las esquinas, de las fiestas, de las reuniones y celebraciones.

Nunca he sido salsero, sin embargo, sí que he gozado con la belleza de la clave y el baile. He festejado con El Gran Combo la llegada de cada año nuevo, con la suerte con que terminaron Juanito Alimaña y Pedro Navaja relatando dos de las mejores historias que puede tener un personaje latinoamericano. Hablando de Pedro Navaja, estuve en el último concierto de Rubén Blades - panameño de nacimiento, latino por afirmación-. Escuchar, contemplar a quien desde sus años con la Fania mostró al mundo salsero su pluma y su estilo - junto con la orquesta que estuvo igual de potente- me puso frente a los vestigios de aquel género que llenó muchos de mis días en la construcción de las sonoridades que aún al día de hoy me acompañan.



FRAGMENTOS



Nunca he sido salsero, sin embargo, he llorado al escuchar a Lavoe tener fe de que pronto llegará “el Día de su suerte” o a Maelo Rivera, gritarle al mundo que es un “Incomprendido”, en lo que es uno de los mejores temas que ha parido este continente de historias repetidas; o cuando Rafael Ithier -desde su piano- desgarró la salsa para volverla bolero (son primas hermanas musicales) y funde todo a su alrededor con “Falsaria”.



Nunca he sido salsero, sin embargo, a finales de los ochentas, cuando correteaba por las pistas, veredas y quintas de la 11 de Azcona, en la radio salsa de esta desértica ciudad, un variopinto grupo de orquestas y solistas nos edulcoraban la vida con las vicisitudes del romance, del amor y del desamor. Desde “Aquel viejo motel” hasta “La Cura”, pasando por “Sin Voluntad” hasta llegar a “Lágrimas”; eran años en la que la salsa se colaba por las rendijas de mi adolescencia y ya compartía tardes y cassettes con la “nueva” música que iba descubriendo.

Nunca he sido salsero, sin embargo, tengo que agradecer mucho a la salsa: su vivacidad, sus historias, sus melancolías, su belleza; los compartires entre amigos, la complicidad cuando bailaba con aquella muchacha, la radio y sus interminables repeticiones. Artistas que ya no existen más y, sin embargo, sobreviven al paso del tiempo.

Nunca he sido salsero, sin embargo, la salsa siempre ha estado y estará en mí.

FRAGMENTOS

La belleza de detenernos

Por

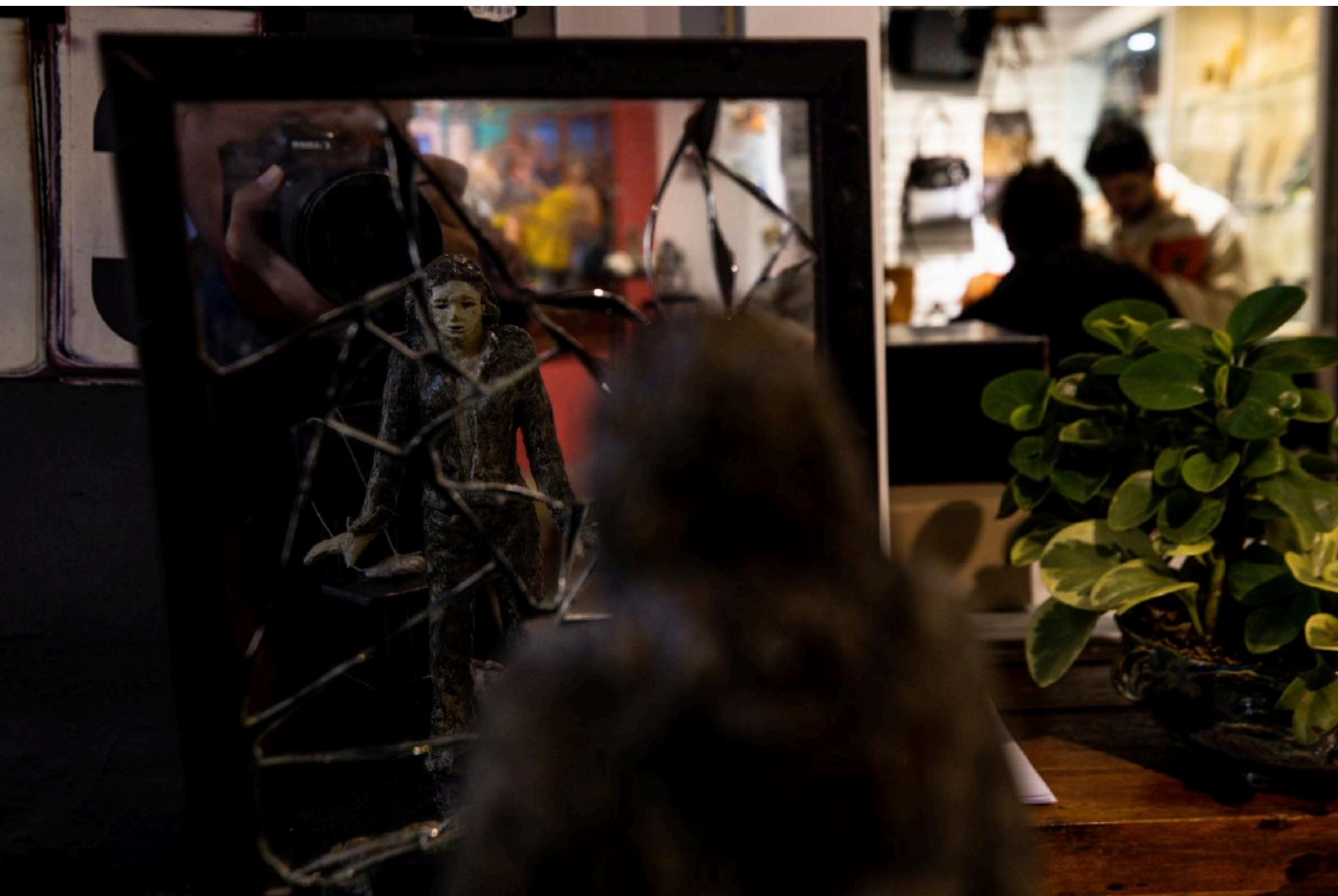
Joan Manuel Giron

Eran casi las cinco de la tarde. Un domingo oscuro, de esos en los que Lima parece haber perdido, incluso, la poca luminosidad que suele quedarle. Un nuevo desacierto del Senamhi. El cielo andaba más triste de lo habitual. Y a dos cuadras escuchamos una voz.

Volvíamos de almorzar con Yanela, Bocha y Marisol. Caminábamos por Lince, cerca del Mercado Lobatón, hablando de cualquier cosa que siempre suele darle sentido a nuestro tránsito. De pronto, de lejos, se asomó una voz grave, hermosa. Sí. Así lo era. Cantaba a Raphael. Minutos después a José José. O al revés. Nos hizo voltear. Buscar. No sabíamos de dónde venía. Miramos hacia un lado y hacia otro hasta encontrarla en una esquina.



FRAGMENTOS



Era un payaso. Estaba solo. Se le veía feliz, agotado, pero feliz. No había nadie alrededor. Él solo cantaba, con los ojos cerrados, sentado en el suelo.

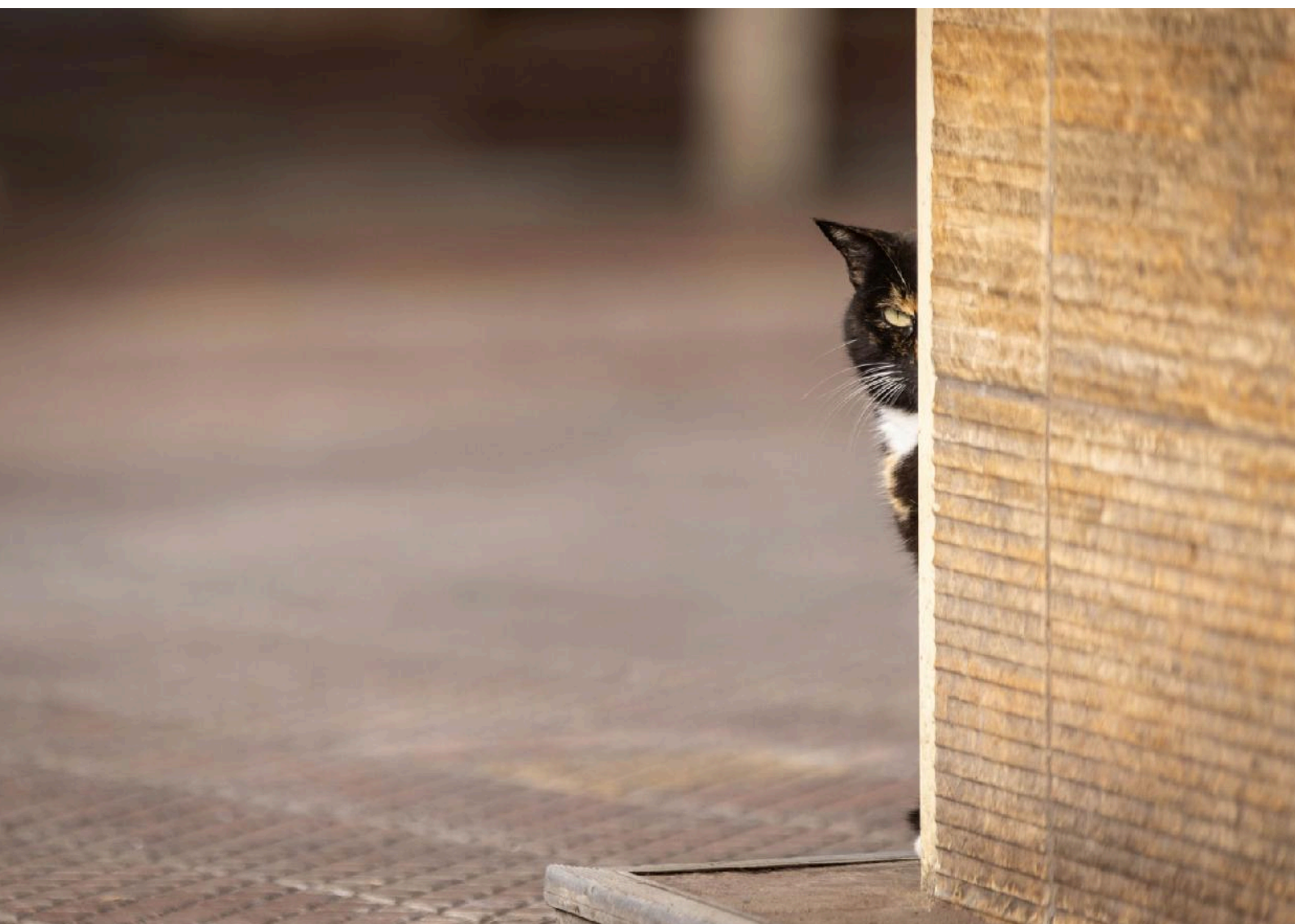
Nos acercamos los cuatro. Nos quedamos a escucharlo. “No hagan eso, caramba, no estén jugando con mis sentimientos que ahorita mismo me pongo a llorar, eh”. Terminó una canción y le pedimos otra. Después otra. Él se sorprendió. Se emocionó. Hizo algunas bromas entre canción y canción y siguió cantando. Poco a poco comenzaron a acercarse otras personas. No sé cuánto tiempo estuvimos allí. Y no importa. Es mejor no medir el tiempo de algunos encuentros.

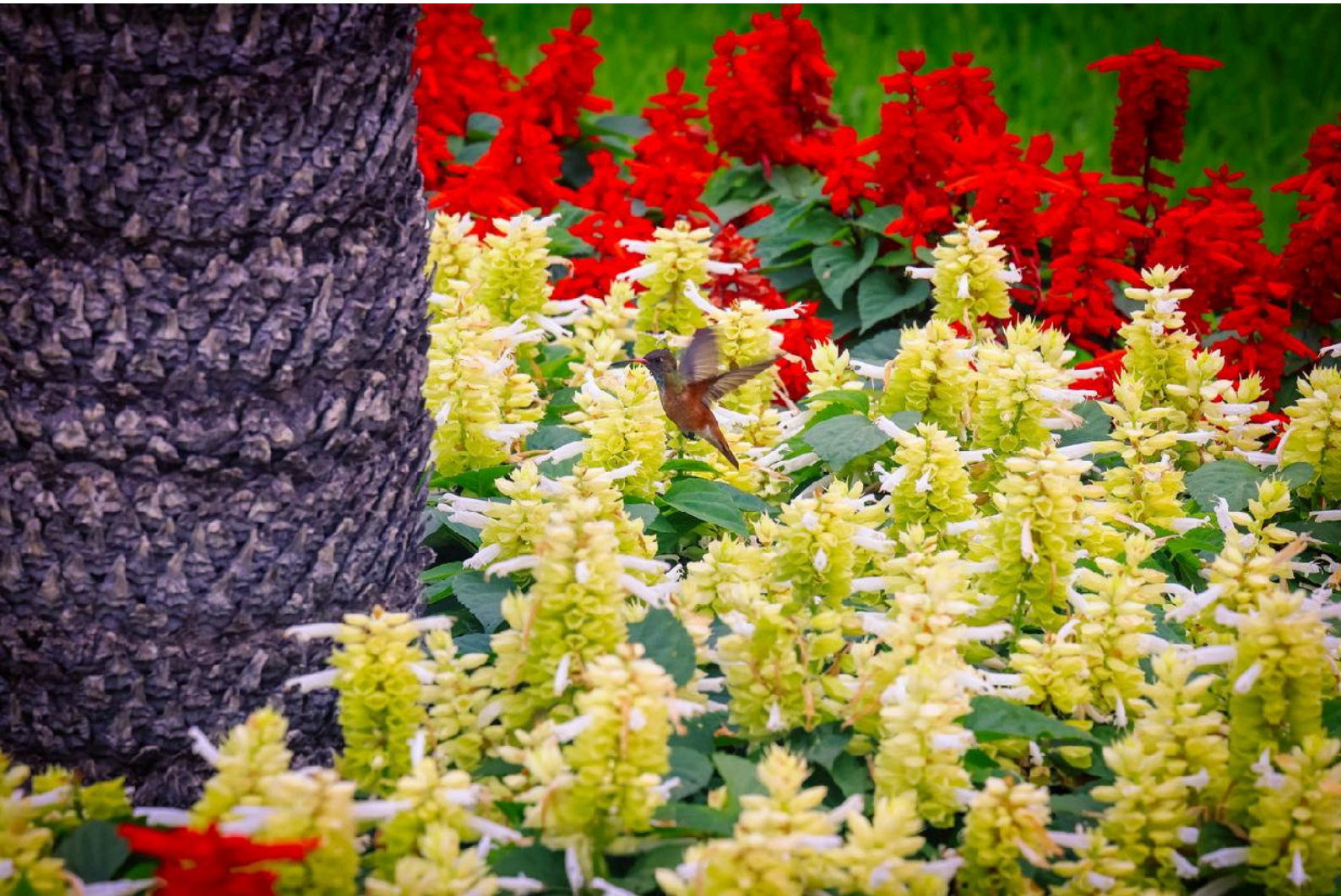
La noche anterior había sido una de esos. Habíamos estado juntos entre música, chilcanos, tropicalísimos y cerveza, narrando una vez más nuestros duelos, nuestros miedos, nuestros sueños y esa disposición, siempre rara y frenética, de estar para el otro. Por ello, tal vez, aquella voz nos abrazó aquel domingo. Tal vez, estábamos, simplemente, un poco más dispuestos a escuchar.

FRAGMENTOS

Fue este encuentro, por tanto, el que recordé cuando me preguntaba qué escribir sobre la belleza. No una belleza de las cosas extraordinarias. Esa parece ser fácil de reconocer. Un paisaje, una obra, un cuerpo, una pintura, una puesta de sol, una luna llena. Esa que hemos aprendido a fotografiarla para conservarla, compartirla, demostrar que estuvimos allí. Pero pienso en otra forma de belleza. Justo en la que aparece cuando nadie la está esperando. En la que no parece tener ninguna utilidad. En la que acontece, aunque nadie la mire. Esa que, por unos minutos, consigue que dejemos de mirar el teléfono, de mirar el reloj, de llegar a alguna parte, y nos hace mirar a alguien.

Puede que la belleza tenga algo que ver con eso. Con detenerse. Hacer una pausa diaria. Pero ¿quién tiene, ahora, tiempo para detenerse? Además, el tiempo tampoco se distribuye de la misma manera entre nosotros.





Hay quienes pueden sentarse a contemplar una pintura y quienes deben tomar dos buses para llegar a trabajar. Otros quienes pueden leer un poema antes de dormir y quienes llegan a casa cuando ya no queda fuerza para leer nada. Hay también quienes pueden estudiar teatro, música, danza, artes visuales, y quienes tuvieron que aprender muy pronto que algunas cosas como estas son mero lujo.

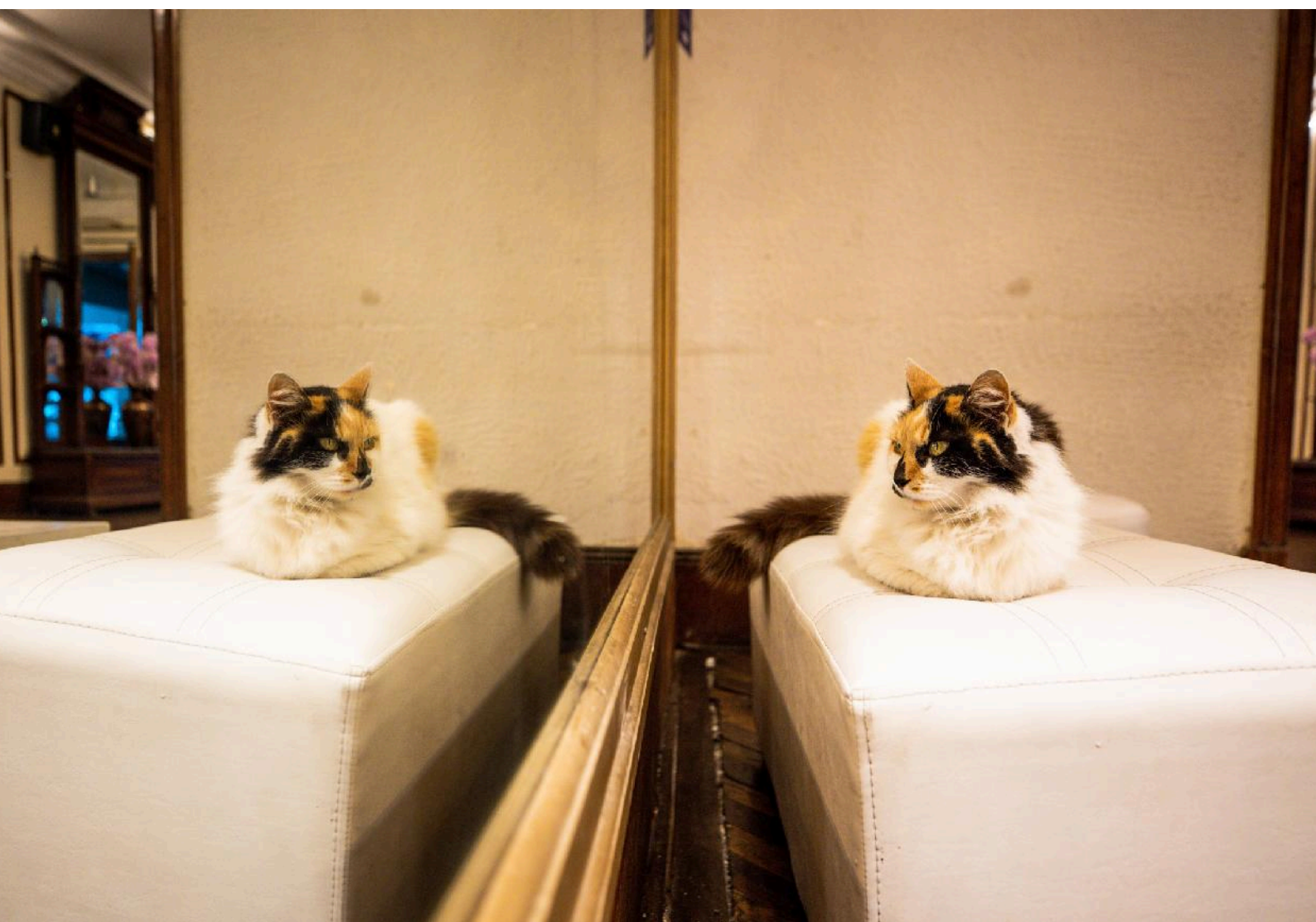
Y entonces la belleza deja de ser solamente una cuestión estética. También tiene que ver con las condiciones que permiten encontrarla. Con el tiempo, por ejemplo. Con el descanso. Con la educación. Con el acceso al arte. Con la posibilidad de estar con otros sin que cada minuto tenga que producir algo.

Acaso por eso me preocupa y me molesta la velocidad de hoy. No porque antes hayamos vivido mejor. No me gusta pensar eso. La vida siempre ha sido difícil para muchos, de diferentes maneras. Siempre hubo desigualdad, violencia, pobreza, injusticia. El Perú sabe demasiado de eso. Demasiado. Pero ahora parece que además estamos aprendiendo a pasar rápidamente por encima de todo.

FRAGMENTOS

Responder. Producir. Consumir. Avanzar. Registrar. Publicar. Volver a empezar. Incluso aquello que amamos empieza a pedirnos rendimiento, productividad. Una amistad que debe mantenerse activa en el calendario. Una fotografía que necesita convertirse en historia. Un viaje que debe quedar registrado y publicarse de inmediato para no perder vigencia. Una experiencia que parece incompleta si no puede compartirse. Hasta el descanso necesita ser productivo.

Y en medio de todo eso, ¿dónde queda aquello que no sirve para nada? Un poema escrito de a dos después de cinco horas. Una canción que sostiene un silencio colectivo. Una conversación que se alarga sin importar el tiempo. Una clase que sus estudiantes deciden que continúe pese a un apagón. Un ensayo de teatro al que sabes que asistirán pocos. Un amigo que llama solo para saber cómo llegaste a casa y descansar tranquilo. Una pareja que todavía sabe escucharse. Una familia sentada alrededor de una mesa recordando su historia por una canción que recompone el alma.





Entonces, ¿qué lugar ocupa la belleza en una vida que cada vez tiene menos espacio para detenerse?

Me encantaría tener una respuesta. Pero pienso nuevamente en el payaso. Quizá él tampoco estaba pensando en la belleza. Cantaba. Eso era todo. Cantaba en una esquina de un mercado, en un domingo gris, sin público. No parecía estar esperando que alguien llegara. No había allí una estrategia. No había métricas ni algoritmos. No había una promesa de éxito. Y, sin embargo, una voz hizo que cuatro personas cambiaran de dirección. Por un momento, aquella esquina dejó de ser solamente una esquina.

Quizás el arte haga algo parecido. No necesariamente cambia el mundo. No siempre transforma una vida. A veces ni siquiera encuentra público. Pero puede interrumpir. Puede hacer que alguien mire. Que alguien escuche. Que alguien recuerde que existe algo más allá de la prisa.

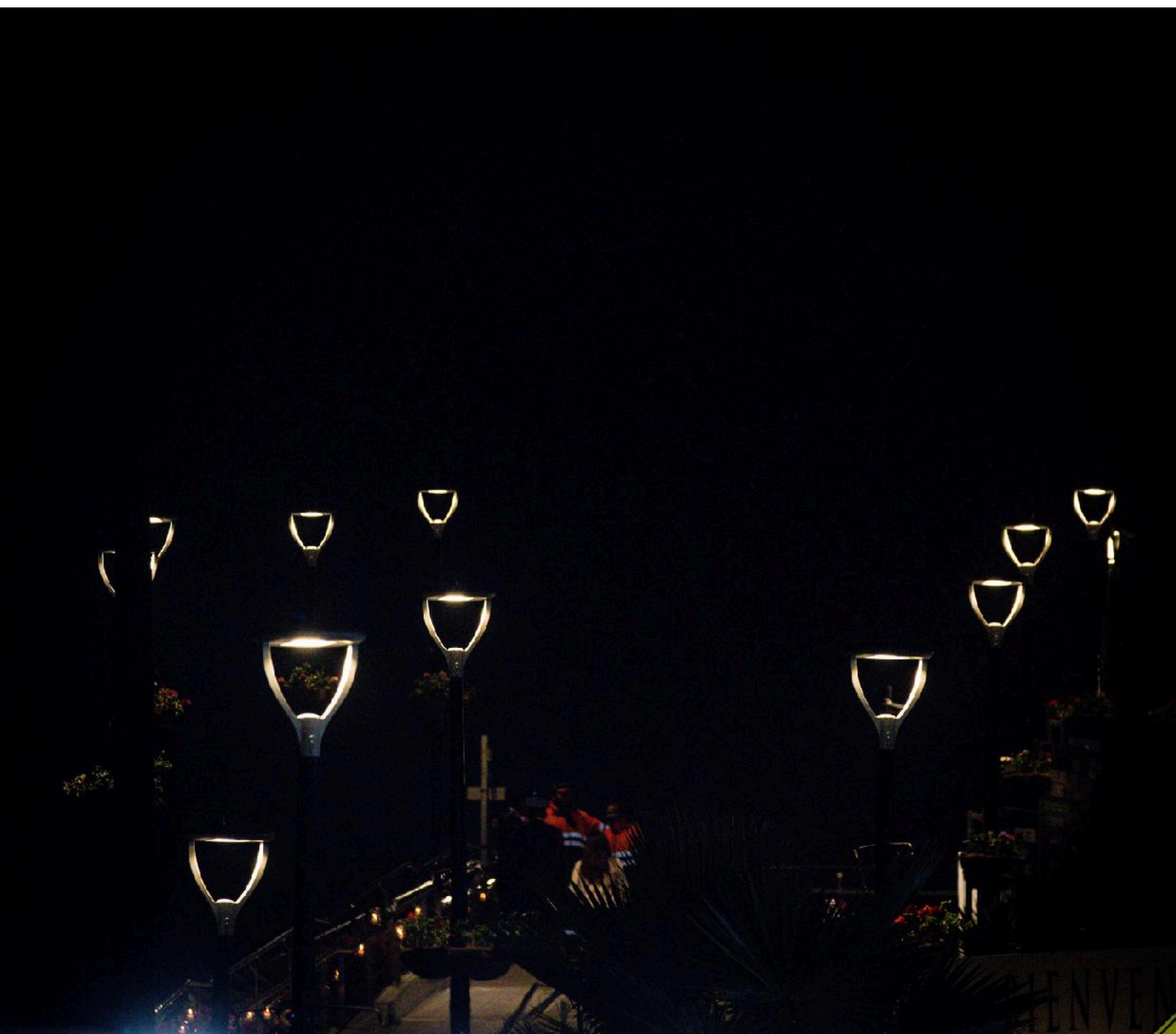
Pienso en quienes escriben poesía, aunque nadie se lo pida. En quienes ensayan una obra durante semanas para presentarla ante unas cuantas personas. En quienes enseñan arte en aulas donde todavía hay que explicar por qué el arte importa. En quienes siguen creando canciones, fotografías, dibujos, películas, danzas, o haciendo reír a otros. No sé si eso sea resistencia. La palabra quizá sea demasiado pretenciosa.

FRAGMENTOS

Pero hay algo aquí que en mi cabeza se niega a desaparecer. Y es eso lo que me interesa. Hoy escribo esto desde un avión. Voy camino a Juliaca. Mañana comienzo un nuevo taller con estudiantes de la Universidad Nacional de Juliaca. Mientras escribo, miro por la ventana. El paisaje aparece y desaparece entre las nubes. Vuelvo a Puno una vez más.

Hay lugares a los que uno llega por trabajo y termina regresando por otras razones. Puno ha sido para mí uno de esos lugares. Me ha sostenido de maneras que quizá nunca he sabido definir del todo. He llegado muchas veces con algo que ofrecer y he regresado con la sensación de haber recibido demasiado: inspiración, sostenimiento, preguntas, reafirmación y personas que permanecen.





Quizá por eso vuelvo. Este es uno de esos territorios donde uno respira de otra manera. No porque sean perfectos. Sino porque allí algo de uno mismo parece encontrar un lugar que siempre buscó. Y mientras el avión sigue avanzando pienso que tal vez la belleza no sea aquello que hace más hermosa la vida. Tal vez sea aquello que nos impide acostumbrarnos a que deje de serlo. Como aquella voz en esa esquina. O como nosotros que, por un momento, fuimos capaces de detenernos a escuchar una nueva voz. Qué importa por qué lo hicimos.

El piloto avisa que ya estamos por descender. Dejo mis notas.

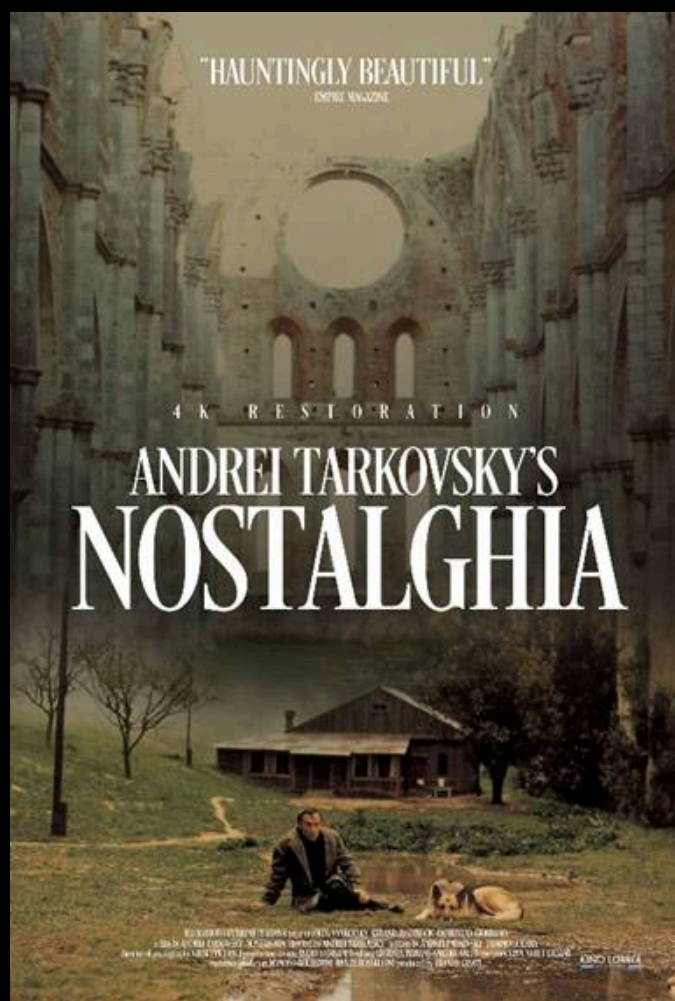
FRAGMENTOS

La nostalgia por la belleza, en el cine de Tarkovski

POR *Juan Gonzales*

"Nostalgia" (1983) de Andréi Tarkovski

Se nos ha pedido hablar sobre la belleza, pero permítasenos empezar preguntándonos: ¿Cómo pensar la belleza en una época acelerada? El cineasta soviético Andréi Tarkovski (1932-1986), era consciente que el cine podía ser reducido a mera imagen ilustrativa en nuestra época, con el fin de entretener. Pero su real preocupación no residía en banalizar la potencialidad de la imagen cinematográfica en su condición de representación artística. La pérdida real para el maestro ruso era que nos perdiéramos la única posibilidad concreta que tenemos en el mundo actual de vincularnos con aquel elemento que nos rodea permanentemente, es decir, el tiempo. Pues si no le damos al tiempo el peso que tiene, no se puede juzgar, contemplar y atender todo aquello vital que acontece ante nosotros. Más bien, el ajetreo propio de nuestra época hace que solo podamos valorar el hacer, el realizar, el concretar, el buscar, el fagocitar o el conquistar. El cine de Tarkovski es una forma de resistencia ante una época que no



FRAGMENTOS



sabe ya mirar con atención la belleza en el mundo, aunque se encuentre tan necesitado de ella. De esta profunda paradoja que marca nuestro tiempo (de las ansias por belleza, enfrentada a la imposibilidad de recuperar su sentido, pues nos cobija un espíritu dañado), da cuenta su último filme: *Nostalgia* (1983). La trama inicia con el viaje a Italia de un poeta ruso llamado Andrei Gorchakov, quien busca información sobre un compositor oriundo de su país. La belleza de Italia confronta a un Andrei, que ha colapsado ante la belleza que le rodea, se intenta blindar tras sus recuerdos, pero la verdad que guarda la belleza, le explota precisamente entre sus recuerdos más íntimos y personales. Testimonio de que hubo un tiempo, en el que sabía apreciar la belleza y entregarse a ella desde los espacios más cotidianos de su existencia.

El artista

Rafael Moreno Tamariz

Rafa es comunicador. Comenzó su camino profesional como diseñador, hasta que tuvo la oportunidad de tomar una cámara y decidió no soltarla. Empezó haciendo retratos de estudio y fotografía social, y poco a poco su trabajo se fue enfocando en la fotografía de eventos. De vez en cuando busca romper ese esquema y fotografiar aquello que encuentra en el camino, especialmente momentos espontáneos y, si se trata de un concierto, mucho mejor.



FRAGMENTOS

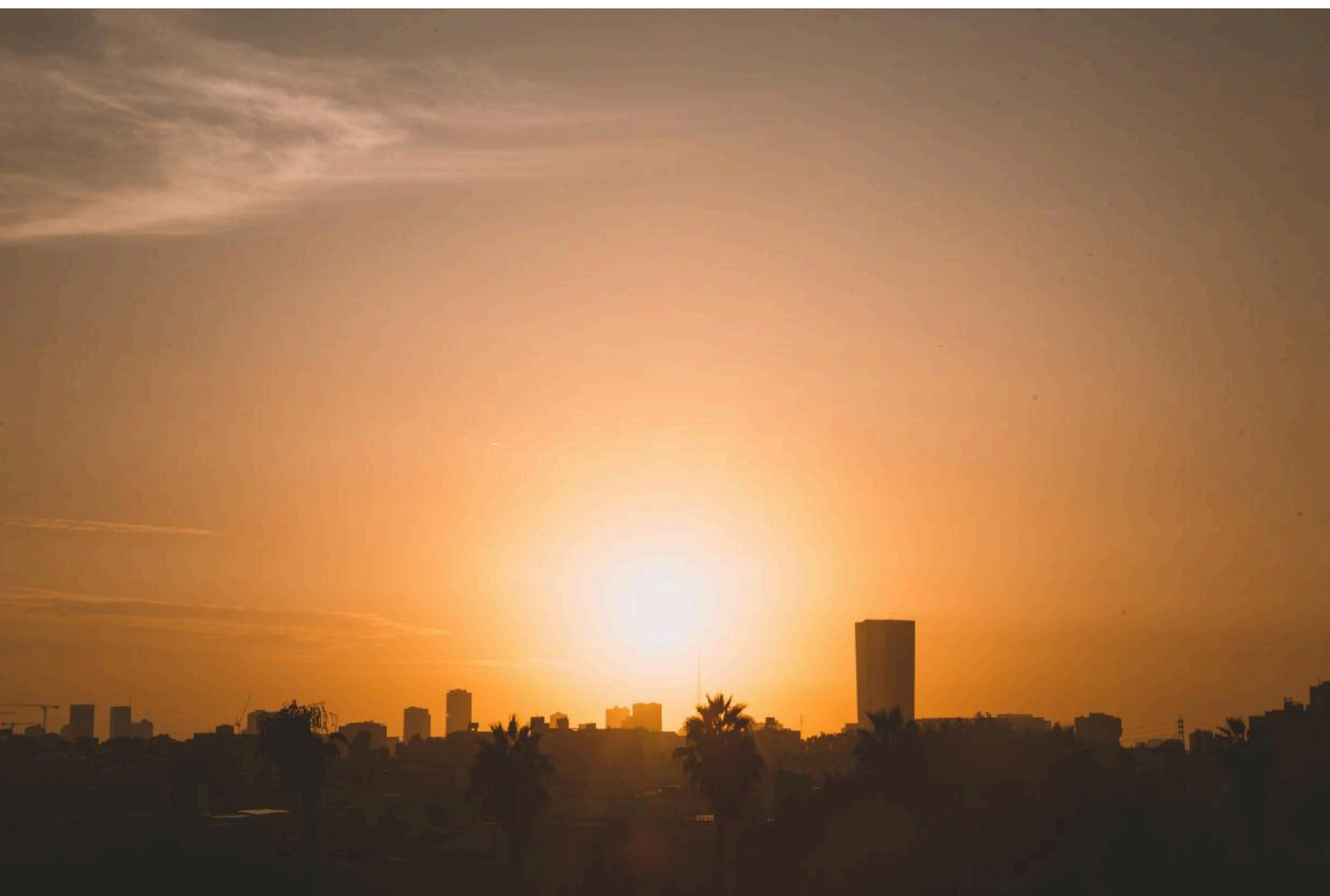
El anhelo

Por

Moncho Herrera

Para mi bro Javier Paulini

Joan, ¿por qué han elegido la belleza como tema para el mes de septiembre?, pregunto, menos interesado en su respuesta que en la esperanza de conjurar mi desorientación. Estoy hace días pensando qué decir al respecto, prosigo, y lo único que se me viene a la cabeza es una historia de amor adolescente. Nada acerca de la guerra de Troya encendida por la perturbadora Helena. Nada sobre sobre la injuria a la que el poeta adolescente somete a la belleza al tenerla en sus rodillas, después de encontrarla amarga. Entre una y otra viñeta aparecen, claro que sí, las diferentes imágenes de la belleza consagradas en la historia del arte: la voluminosa Venus de Willendorf o Venus paleolítica; la simétrica y proporcionada Venus de Milo; la piadosa y espiritual Giovanna Degli Albizzi; la sinuosa sonrisa de la Mona Lisa; la apasionada Libertad guiando al pueblo dejando al descubierto sus senos turgentes; la enigmática Gala en diferentes cuadros de Dalí... Y por detrás de todas estas imágenes se me impone una historia de amor adolescente al final de los ochentas, le digo a Joan, ahora sí paralizado ante tantas representaciones de la belleza, pero sin saber qué decir sobre la belleza.



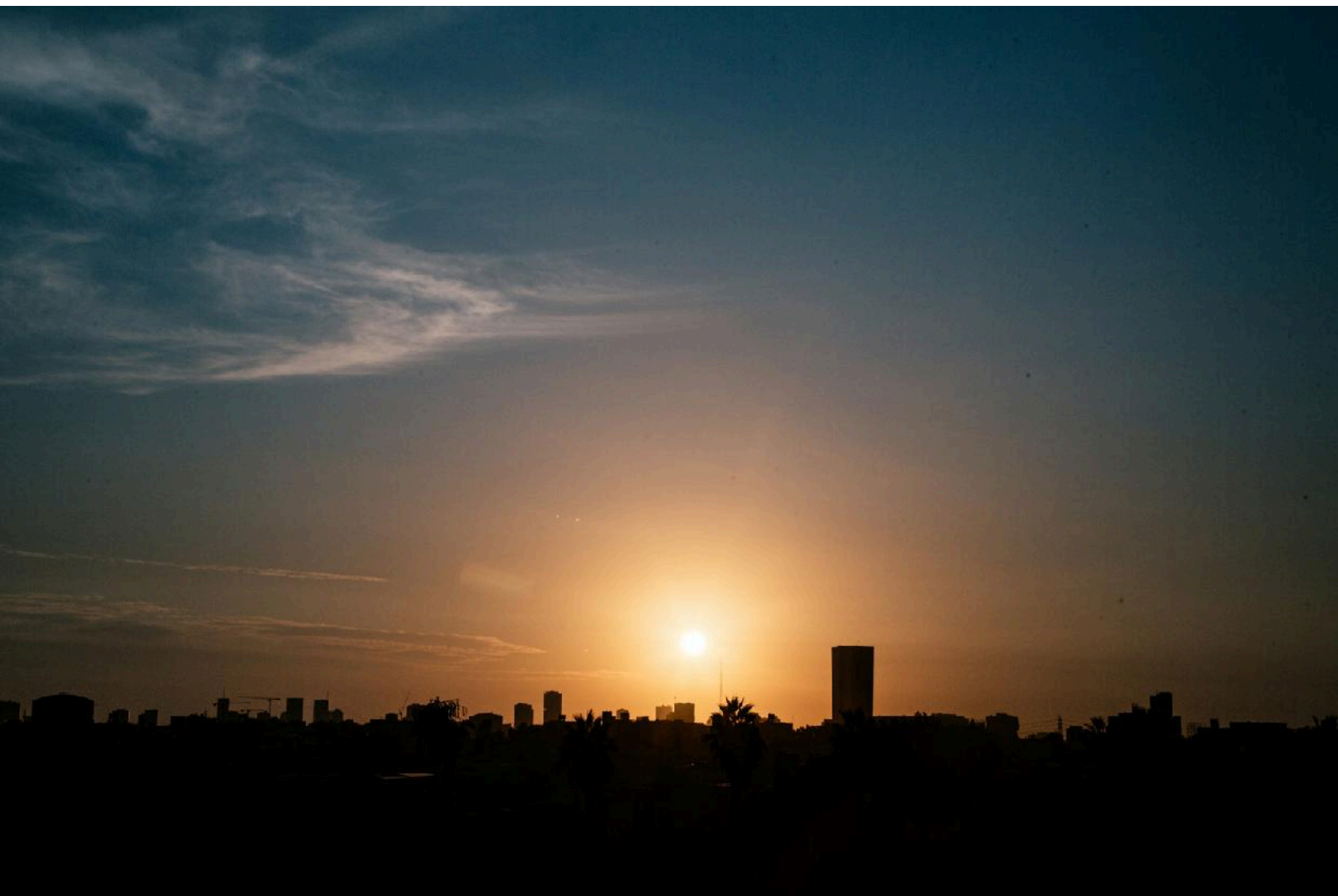
FRAGMENTOS

Ante el silencio de Joan, continúo, y le cuento que cuando era adolescente andaba enamorado de una chibola en el barrio. No es que ella viviera allí, refunfuñaba en aquel entonces, pero tenía familia y seguro sus padres y los padres de los padres acordaban almuerzos familiares. El resultado era una tropa de adolescentes, mujeres en su gran mayoría.

Como tú comprenderás, Joan, el fin de semana era esperado no solo por el descanso y el abandono de nuestras tareas escolares, sino porque una promesa se abría para nosotros. Cuando llegaban las primas, los adolescentes que éramos aullábamos de felicidad. Representaba la oportunidad de juego, de recreación, por supuesto que sí, pero también de enamoramiento. Yo andaba prendido de una de ellas y la ansiedad sostenida de lunes a viernes se disipaba y encontraba recompensa cuando aprovechábamos el juego de las escondidas y nos escabullíamos juntos, solo los dos. Qué bendición representaban, entonces, los pasadizos sinuosos y oscuros de las quintas y los callejones en Breña.

En correspondencia con la imaginación hollywoodense, me gustaría decir que todas mis tensiones encontraban alguna forma de alivio en el refugio en el que nos guarecíamos, y que el cielo se me abría luego de la fricción a la que sometíamos nuestros cuerpos, pero no. Lo nuestro estaba lejos, a años luz, de cualquier aventura erótica adolescente tipo American Pie o Supercool. A distancia pasmosa de los adolescentes hormonales en estas películas, lo nuestro era la castidad pura y dura. Entre ella y yo se imponían límites que, de acuerdo Joan, contenían nuestras urgencias, pero al mismo tiempo estimulaban nuestro anhelo de un próximo encuentro.





No recuerdo durante cuántos fines de semana prolongamos esta secuencia del juego de las escondidas, pero un día mi querida X (perdona mi pudor al no poder nombrarla) dejó de llegar a la gran casa familiar. Apertrechado de una falsa invulnerabilidad, intenté guardar el tipo durante las primeras semanas mostrándome indiferente ante su ausencia. Para calmar mis angustias pretexté compromisos académicos inexistentes o pichangas futboleras inverosímiles que me demandaban jugar hasta altas horas de la noche. El mazazo de su viaje al extranjero vino acompañado de un bolero que en aquel tiempo un cantante como Luis Miguel renovaba para las nuevas generaciones.

Con exactitud meridiana, La barca le daba forma a la distancia que se abría entre nosotros, sí, pero también y, sobre todo, permitía un microclima con sus propias condiciones atmosféricas y meteorológicas. Del naufragio que fue mi adolescencia, querido Joan, en ese microclima aún se maceran recuerdos de una belleza primera: el ganchito en forma de mariposa sosteniendo un pelo lacio iracundo, una cadenita de plata rodeando su prometedor cuello, los zapatos de (falso) charol, tan poco convenientes para juegos entre adolescentes. Y por encima de todo ello, una mirada vertiginosa, promesa de inocencia y peligro a partes iguales.

CONTACTO: INSTAGRAM: @FRAGMENTOS.PIENSA | CORREO: REVISTAFRAGMENTOS26@GMAIL.COM |

© 2026 REVISTA FRAGMENTOS | NÚMERO 7. LOS TEXTOS PERTENECEN A SUS AUTORES.

REVISTA DEDICADA AL PENSAMIENTO, LA EDUCACIÓN Y EL ARTE. UN ESPACIO PARA LEER, PENSAR Y COMPARTIR.